

# Ágora

Realmente el siglo XX nos ha dejado exhaustos, cansados y, en cierto modo, desesperanzados. Nos duelen todavía los campos de concentración, los *Auschwitz*, los *gulags*, los hospitales para disidentes, las ‘*madres de las plazas de Mayo*’ y, más lejano, pero no menos presente en la memoria, las inquisiciones y los sambenitos colgados a todos aquellos que no se movían de acuerdo con el pensamiento dominante. Y es que, a lo largo de la Historia, también en estos últimos veinte siglos y, de modo brutal en el que acabamos de dejar, hemos visto cómo los que eran perseguidos por el poder establecido, pasaban a ser perseguidores cuando a ellos les ha tocado ejercer el poder.

Parece que nada de esto nos debe extrañar porque cuando uno está en la verdad o cree estar en la verdad, entonces, surge con especial naturalidad considerar al otro, al que le contradice, malo, enfermo o necio. Y esto parece ser el pan nuestro de cada día en la familia, el trabajo, la política e, incluso en las relaciones entre naciones. Y de ahí brota la separación, la exclusión de disidentes, insumisos, desertores, y, por qué no de extranjeros... y, por supuesto, de los enemigos. La verdad, pues, parece ser un peligro.

A lo largo de historia hemos visto gente de todo tipo que han sido testigos de la verdad. Son los mártires. Ellos siempre nos han llenado de esperanza. Nos han enseñado que vale la pena vivir, porque hay algo por lo que vale la pena morir. Los mártires han cambiado las cabezas, los corazones y las sociedades de los hombres. Dar la vida por la verdad siempre ha sido semilla de brotes nuevos.

Sin embargo, la verdad se ha vuelto sospechosa cuando se ha excluido, denigrado, vejado, y matado por ella. Matar por la verdad hace perder el prestigio a la misma verdad. Lo vemos en nuestra vida cotidiana. Cuando uno tiene razón, está en peligro de perderla si violenta, denigra, o veja al que -supuestamente- no la tiene.

A mi juicio, hoy se está poniendo de relieve que ya ha llegado el momento histórico de parar esa rueda en la que los perseguidos pasan a ser perseguidores cuando ostentan el poder. La solución que se viene aportando es la del relativismo. Pero el relativismo sostiene que no hay verdades absolutas válidas para todos, en todo los tiempos y, en cualquier lugar y, en definitiva, a cualquier postura hay que otorgarle igual valor si es que queremos garantizar una convivencia pacífica y evitar toda intolerancia y fanatismo. No es de extrañar que en este ambiente el cristianismo parezca peligroso puesto que no da señales de querer renunciar a su pretensión de verdad.

La verdad, pues, parece ser un peligro. Pero no es menos cierto que, a la larga, resulta más peligroso renunciar a ella. Sin verdad el hombre está perdido ante el tirano. Decía un santo: *obedeced a vuestros superiores mientras no os manden pecar*. Si no sé dónde está el pecado, ¿cómo voy a poder decirle al que ostenta el poder que se está pasando en sus atribuciones? Y si no hay verdad de ningún tipo, a fin de cuentas me resultará indiferente lo que le ocurra a mi vecino. En fin, indefensos ante el tirano e indiferentes ante el que se halla en la ignorancia. Esto es lo que acarrea el relativismo.

Ciertamente la verdad no se hace por consenso, pero la convivencia tiene mucho que ver con el consenso y con el respeto al otro aunque se encuentre en el error. Las claves que el cristianismo ha enseñado para constituir una convivencia pacífica sin renunciar a la verdad, las dio San Pablo: “haced la verdad con caridad” (*Ef 4,15*). Así se

evitará todo fanatismo e intolerancia. Y también la opuesta, la que nos ha recordado estos días el Papa Benedicto XVI: haced la caridad con verdad. De este modo se excluye todo sentimentalismo vacío. Pues en el fondo lo que todos queremos es que si alguien nos quiere, que nos quiera de verdad y que no finja. Y de algún modo hemos de saber cómo es el cariño verdadero, ese que *ni se compra ni se vende*, como decía una antigua canción.

El cristianismo es lo más alejado del *buenismo* que sostienen esos que dicen que todo el mundo es bueno sin más discernimiento. El cristianismo no tiene reparo en reconocer que hay buenos y malos, pero su mismo Fundador nos pide: “sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5, 48). Nos dice que seamos como ese Padre que “hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (Mt 5, 45). Tampoco afirma Jesucristo que no haya enemigos, sino más bien: “amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan” (Mt 5, 44).

Ciertamente se podría decir que no todos los cristianos se han comportado así a lo largo de la historia y que las estructuras sociales creadas, no han superado las que estableció el derecho romano y germánico. A su favor tiene sin embargo, que esa actitud sí la han tenido los santos y los mártires. Hombres reales de este mundo que nos han dicho con su vida que ese modo de vivir es posible. Y, por lo demás, es muy de agradecer que hayamos llegado a un momento histórico en el que se hayan visto los límites de las mentalidades y de los ordenamientos sociales y jurídicos mantenidos hasta ahora. Que aprenda esto una persona no es algo que se haga en un día. No nos vamos a extrañar de que los ordenamientos jurídicos, políticos, económicos y sociales tarden veinte siglos en aprenderlo. Quizá sea el momento histórico en el que, sin renunciar a la verdad ni a la libertad, la caridad y la misericordia presidan todos esos ordenamientos.

Angel Pacheco

Artículo publicado en el *Diario de Burgos* el lunes 19 de octubre de 2009